

Significado del dolor colectivo

Se encuentra en circulación la segunda edición del libro *El dolor tiene mil rostros*, del que es autor el embajador polaco en Chile, don Zdzislaw Jan Ryn. Quien lo escribe es un distinguido

médico siquiátrico y el tema central de sus reflexiones incide en las experiencias y vivencias del Papa Juan Pablo II en su notable trabajo pastoral con personas que viven situaciones límites de dolor, especialmente enfermos e inválidos. Es frente a esas situaciones que Su Santidad tiene la extraña capacidad para ayudar a los sufrientes a transformar su dolor en motivo de crecimiento personal y desarrollo de su autoestima y espiritualidad.

Hay que hacer notar que en este libro, aunque los enfermos e inválidos están en el primer plano, no es menos cierto que también están expresamente incluidos todos los que sufren en cualquier forma, sea por soledad, vejez, hambre, humillación, accidente, catástrofe, injusticia, etcétera. Para todos ellos, el sufrimiento tiene mil rostros posibles y, dentro de ellos, se trata de hacer prevalecer aquellos que conducen a la alegría espiritual, la creación, el enriquecimiento personal, la paz interior y la trascendencia.

Parte importante del libro está dedicado a testimonios de seres humanos que tuvieron un contacto directo con el Papa. Se trata de minusválidos, enfermos de cáncer, personas cuya existencia se encuentra ligada a una silla de ruedas, que deben escribir con los pies a falta de brazos, o sufrir dolores permanentes, o cargar con los traumas dejados por la Gestapo. Para todos ellos, Juan Pablo II ilumina sus existencias, transformando la rebelión de su

impotencia con signos de esperanza.

Pensamos que el problema del sentido del dolor, tan magníficamente enfocado por el señor Zdzislaw Jan Ryn, referido a los sufrimientos individuales y personales, es también un problema conceptualmente del mayor interés tratándose de otro tipo de sufrimientos —ajenos a la temática del libro—, pero sugerido por su mismo título: los mil rostros del dolor. Nos referimos a las reacciones humanas frente a los grandes dolores colectivos, especialmente aquellos provocados por el propio hombre, como las guerras o las opresiones totalitarias. Frente a estas situaciones, pensamos que también el dolor tiene mil rostros, existiendo la posibilidad para los pueblos de convertir el sufrimiento tanto en amarguras, venganzas o frustraciones, como en experiencias de perfeccionamiento, justicia y esperanza.

En este sentido, resulta útil destacar que estamos poniendo término a un siglo que fue azotado por dos grandes guerras mundiales, donde la humanidad vivió las peores experiencias de barbarie y sufrimiento colectivo. Sin embargo, al fin de dichos conflictos, los pueblos conquistaron formas superiores de convivencia que implicaron, en parte al menos, darle al sufrimiento humano un sentido redentor y esperanzador.

En este aspecto, pensamos que no es casualidad que terminada la Primera Guerra Mundial se pro-

dujera la más gigantesca expansión de los derechos laborales, pudiendo los trabajadores aspirar a formas de organizaciones y dignidades nunca antes imaginadas. Es precisamente en ese período cuando se crea la Organización Internacional del Trabajo (OIT), como parte del Tratado de Versalles, cuya misión es promover internacionalmente conquistas

CATHERINE KANNER-OP ART



sindicales, laborales y de seguridad social que se consideran como una indispensable reciprocidad para los trabajadores ante el enorme esfuerzo y sacrificio realizado por ellos durante la guerra.

En el mismo sentido, terminada la Segunda Guerra Mundial, que significó aproximadamente 50 millones de muertos, 70 millones de heridos y 40 millones de des-

plazados, la humanidad aprueba la Declaración Universal de los Derechos Humanos, que es tanto una forma de reparación social "ante actos de barbarie ultrajantes para la conciencia humana", como una solemne afirmación del derecho de todos los hombres a vivir en un mundo donde estén liberados del temor de la opresión y donde se respete su libertad y su dignidad. Así, nuevamente la humanidad tiene la sabiduría de convertir la barbarie y el dolor colectivo en una expresión jurídica y moral que afirma la vida y la dignidad de todos los seres humanos.

Este sentido redentor y esperanzador del dolor colectivo lo vimos muchas veces bellamente proclamado durante las peores expresiones de crueldad que vivió la sociedad chilena a partir del 11 de septiembre de 1973. Sí, cuando millares de personas no encontraban a sus familiares arrestados; cuando miles de jóvenes eran salvajemente golpeados por expresiones mínimas de protesta; cuando los trabajadores eran despedidos por centenares; cuando se producían erradicaciones masivas de pobladores u operativos nocturnos en las poblaciones; cuando éramos testigos de esos y otros abusos, había una voz que surgía casi inalterablemente del fondo de las conciencias ultrajadas y que daba un sentido heroico al sufrimiento colectivo: "Terminará este dolor y vendrá un mundo en donde habrá justicia, libertad, solidaridad".

Creemos que nadie podrá

negar que hemos avanzado en ese camino. Pero tampoco podemos desconocer que nos falta mucho por caminar. El dolor sufrido nos impone un dramático imperativo moral para el presente y para el futuro.

Existen injusticias, influencias, diferencias y marginaciones intolerables que debemos luchar incansablemente por superar.

Por otra parte, el dolor sufrido por importantes sectores de la población impone exigencias éticas ineludibles a quienes se asilan, para evitar los cambios necesarios, en las leyes dictadas justamente bajo el imperio de la barbarie. En este aspecto, el mandato moral es claro: o se respeta el dolor colectivo provocado por la arbitrariedad, facilitando la derogación de la ley injusta, o se aprovecha inmoralmemente la norma que es fruto de la barbarie y del sufrimiento.

En síntesis, nadie es ajeno al rostro que proyecte hacia el futuro el dolor sufrido por la sociedad chilena en el pasado reciente. Ese rostro podrá estar marcado por la frustración o por la esperanza; todo dependerá del coraje o consecuencia que tengamos los diversos actores de la comunidad nacional. En todo caso, ningún hombre o mujer, menos aún si es joven, debe abandonar la lucha alegando la omisión de otros, en circunstancias que cualquier persona o grupo de personas puede tomar las banderas de rescatar los ideales que surgen de la conciencia histórica de la nación. Quien tome esas banderas en su sentido redentor profundo, es decir, procurando transformar el dolor en vida y esperanza, triunfará.

Andrés Aylwin Azócar es diputado del PDC por San Bernardo.

El tema de la modernidad ha entrado de lleno a nuestro lenguaje cotidiano y al debate político. Las más diversas afirmaciones contingentes se hacen, de manera más o menos feliz, en nombre de la modernidad. Las propias metas de gobierno se enuncian con frecuencia alrededor de este concepto. Pero, ¿de qué estamos hablando?

En la visión conservadora criolla, la modernidad aparece como sinónimo casi unívoco de eficiencia económica, cuando no se la vincula sistemáticamente a la idea del Estado mínimo y de la privatización de las funciones públicas. El predominio de dicha visión de las cosas en diversos medios de comunicación ha constituido para estas tesis una fuerte caja de resonancia.

Siguiendo a André Gorz, las interpretaciones de Max Weber, redesarrolladas por Jurgen Habermas y Alain Touraine, confieren un contenido radicalmente diferente a la idea de modernidad.

La modernidad no reside en la mera creencia en el progreso ni en un sentido predeterminado de la evolución histórica o en la universalidad de la razón, sino sobre todo en la emergencia del individuo-sujeto que reivindica el derecho a decidir por sí mismo el objeto de sus iniciativas, que escoge su pertenencia y su propio desarrollo. A la vez, el sentido de sus actos y su lugar en el mundo no están garantizados por ninguna autoridad superior o un orden natural.

De acuerdo a este análisis, muchas sociedades industrialmente avanzadas siguen conteniendo elementos premodernos, en la medida en que la esfera técnico-económica aún somete a sus exigencias y a su racionalidad específica a las otras esferas de la actividad humana.

Socialismo y modernidad

GONZALO D. MARTNER

La modernización basada en el "todo-mercado" induce y provoca la desintegración social. Se destruye el lugar de cada cual en la sociedad, se desarman las comunidades de pertenencia, se destruyen las solidaridades. Los individuos viven los empleos que ocupan con la ansiedad de lo provisorio, ejercen su profesión, cuando la tienen, sin convicción ni pasión y encuentran inaccesible lo que declaran —según encuestas sociológicas— ser su ideal: un trabajo creativo, socialmente útil, en el cual puedan realizarse personalmente. A ello se agregan los continuos riesgos de desempleo, desprotección frente a la enfermedad y la vejez y más generalmente la marginación y empobrecimiento de los más débiles.

A permanecer en esa perspectiva nos invitan, a nuestro juicio, nuestros modernizadores nacionales, sin mencionar su frecuente adscripción al más descarnadamente premoderno conservadurismo moral y cultural.

El mercado como asignador de recursos ha demostrado ser un poderoso instrumento de progreso material. Nadie crítico podría renunciar a un mecanismo que, en la medida en que sea bien manejado, pueda sustentar parte importante de la prosperidad colectiva. Que el mercado oriente la asignación de los recursos para la producción de bienes es una condición necesaria, pero no suficiente para construir una sociedad moderna: es sabido que

el mercado no corrige las desigualdades en la distribución del ingreso, los impactos en el medio ambiente y las disparidades territoriales.

La economía de mercado debiera, según la expresión de U. Beck, ser "racionalizada reflexivamente", lo que entre otras cosas implica emancipar de la economía a las otras esferas de actividad humana, para lo cual ésta debe desde luego funcionar con el máximo de eficiencia, y restringir el campo en el cual ha de desarrollar su racionalidad propia. En el largo plazo, la sociedad debe apropiarse de la reducción del tiempo de trabajo permitida por el aumento de la productividad por persona ocupada: en los países europeos avanzados, la producción por hora de trabajo se multiplicó por tres y el número anual de horas trabajadas disminuyó en 28% entre 1960 y 1990. Se trata de proyectar, más allá de la aspiración al pleno empleo, una sociedad de "plena actividad" en la que el ingreso de las personas no dependa enteramente del precio al que logra vender su trabajo.

Desde la óptica socialista, la modernidad debe ser una búsqueda, en continua renovación, en la que la esfera regida por la racionalidad económica tenga por vocación favorecer y dar sustento material a la expansión de las esferas en las que la autonomía de la vida individual tenga un fin en sí misma, así como a estructuras distributivas que favorezcan una igualdad de oportu-

nidades de desarrollo de los proyectos de vida de cada cual. El socialismo coincide de la construcción de la modernidad como la ampliación del poder de la sociedad para definir democráticamente las prioridades y los fines, así como las reglas del juego y los límites —particularmente a través de la acción sindical y comunitaria— en los cuales se desenvuelve la racionalidad económica.

De esta manera será posible construir la modernidad como alternativa a la sociedad liberal, que no ofrece seguridad, integración o relaciones de solidaridad, y también diferente de la nostalgia de un orden premoderno, estable, jerarquizado y finalmente autoritario.

La modernidad se entiende en esta perspectiva, en palabras de Gorz, como "un movimiento de emancipación y de diferenciación antes que nada cultural: la búsqueda de lo verdadero, del bien, de lo bello y de lo útil se autonomiza respecto del poder, se desarrolla según sus racionalidades propias, apela a la diferenciación de las instituciones y de los poderes, a la ampliación de los espacios de libertad", en una invitación, en palabras de Habermas, a que la sociedad sea "transformadora hasta el punto en que sepa admitir la importancia y tomar en serio todo lo que no es expresable en precio de compra o de venta".

A esta creación de una cultura de la libertad apela la visión socialista de la modernidad. ¿Utopía? Sí, pero de aquellas por las que vale la pena esforzarse para encauzar las energías de cambio existentes en la sociedad.

Gonzalo Daniel Martner es secretario general del Partido Socialista.